



©93950. Autor no identificado, *Espectadores con anteojos especiales en el cine*, Fondo Casasola, México, ca. 1950, negativo de película de seguridad. CONACULTA-INAH-SINAFI-FN

El cine y la bolsa de palomitas

Qué sería del cine sin el público. ¿De dónde sale eso que llamamos "público"?, o lo que es lo mismo: ¿a qué va la gente al cine?

La respuesta común suele ser que al cine vamos a divertirnos, a distraernos de la cotidianidad, es decir, a vivir un momento excepcional.¹ Se sobreentiende que el público es diverso y, por ende, con múltiples intereses y definiciones de lo que "divertirse" en el cine significa. Ésa es hasta el día de hoy la clave del éxito para los productores cinematográficos, hacer películas que nos diviertan y, por qué no, de paso que nos dejen algo, o de plano nos culturicen si la ocasión se presta. Edad, sexo, clase social, nivel educativo, cultura, todo ello son parámetros que productores y exhibidores toman en cuenta a la hora de echar a andar una película desde una misteriosa cabina de proyección.

Pero más allá de los elementos sociológicos que los académicos del cine bien conocen, cada uno de nosotros acude al cine por un par de horas a vivir algo parecido a un desdoblamiento de personalidad. Desde la ciencia de bata

blanca que estudia el cine, aún no se logra definir racionalmente eso que aún llamamos la "magia del cine", la posibilidad de imaginar e imaginarnos en otro lugar y tiempo. Quién puede negar que al acceder a la sala espera con ansiedad a que las luces de la sala se apaguen y podamos empezar a percibir ese amanecer atrapado en una inmensa pantalla.

Lejos quedan los tiempos en que uno miraba subrepticamente hacia la parte posterior de la sala, para ser cómplice del proyccionista que acariciaba la película y, no sin celos, compartirla con el público. Lejos quedó el tiempo en que, en la oscuridad íntima de la sala, escuchábamos el discreto traqueteo del proyector, ronroneo que calmaba toda ansia previa. Sólo en ese momento, el corazón se relajaba y empezaba a viajar allá adonde la película quería llevarnos. Ya no se escuchan más los gritos y chillidos del público. Ante cualquier falla en la proyección: —¡cácaro!—.

Eso sí, la era digital ha multiplicado los recursos técnicos con que el respetable se introduce en la película. Utilizados desde los años cincuenta, los incómodos lentes 3D —si usted logra hacerlos cómodos— nos regresan a la época de Méliès, donde la cara de la Luna ponía a prueba nuestra capacidad de sorpresa, haciendo de su mirada el guiño cómplice y la mejor recompensa para el director.

A qué va la gente al cine; a sentirse protagonista de una banda de piratas, a vivir un amor puro y adolescente en una isla abandonada, a ser parte de una rebelión estelar en pos de la justicia y la libertad, a reír a carcajadas de las tonterías de un "peladito", a ser el más gallo del rancho, o la damita cortejada por ese mismo gallo cantor, a vivir un gran amor como nadie lo ha vivido, a aprender una lección de vida. Quién no guarda en lo más íntimo de su corazón una película que lo haya marcado para el resto de sus días. Y si de casualidad son varias, entonces es usted un cinéfilo. Así, como si de una verdadera adicción clínica se tratara, volvemos una y otra vez, esperando sentir esa emoción inefable al apagar las luces.

A qué va la gente al cine, a socializar en silencio (o no), a comentar cada escena como si estuviese en la sala de su casa, con el consecuente contenido enojo de un: —¡chis!; o el nada discreto: —¡ya cállate, ca...!—. ¿Sexo en el cine?, sí, también algunos acuden al cine a no ver la película, aprendiendo en cuerpo propio la emoción de los besos que en primer plano enseñan los protagonistas. Verdadera escuela de la vida es el cine. Inigualable compañero y cómplice de nuestra íntima biografía. El cine es nuestro por derecho propio y se conquista con una bolsa de palomitas. **Ariel Arnal**



©86855. Autor no identificado, *Espectadores*, Fondo Casasola, México, ca. 1930, negativo de película de seguridad. CONACULTA-NAH-SINAFO-FN

Continuará